

José Marzo

# Aurora

ACVF EDITORIAL  
MADRID

*Diseño de la colección:*

*La Vieja Factoría*

*Ilustración de cubierta: «Sin título», de su autor.*

*Lectura de prepublicación:*

*Lola Coya y José Ramírez*

*Primera edición en papel: 2006*

*Primera edición en ebook: 2012*

*Segunda edición en papel: 2015*

© José Marzo, 2006, 2012, 2015

© ACVF EDITORIAL, de la presente edición, 2015

[www.acvf.es](http://www.acvf.es)

ISBN: 978-84-935265-0-4

Impresión digital bajo demanda. También disponible en *eBook*

*Más sencillo*



## Ojo de buey

Miguel despertó sobresaltado al oír la alarma del móvil. Pero no había sonado, y en el mismo instante en que despertó, comprendió que sólo había sido producto de su imaginación.

Aquella situación comenzaba a convertirse en una pesadilla: llevaba días pegado al móvil esperando un aviso que no se producía. Le habían encargado que aportara el material fotográfico para un reportaje sobre accidentes de moto. Había retratado a los responsables de las instituciones, a varios parapléjicos en sus sillas de ruedas, había fotografiado incluso las lápidas y los epitafios de algunos fallecidos, pero no había conseguido una sola foto *in situ*, en el lugar del accidente. A fuerza de esperar la llamada de su contacto en la Dirección General de Tráfico, había imaginado a un motorista vestido de cuero tumbado junto a un charco de sangre, y a su lado una moto cuya rueda trasera aún giraba.

Era desesperante: por primera vez después de muchos años, no se producía en la ciudad en una semana un solo accidente de moto con heridos graves o fallecidos.

Cuando por fin sonó el móvil, estaba en la bañera. Salió a trompicones del aseo, se vistió a medio secar y abandonó a toda prisa el apartamento.

Cruzó en automóvil media ciudad hasta llegar al lugar del accidente. Era de noche y distinguió a lo lejos las luces de la policía y de una ambulancia.

A causa de la colisión lateral con un coche, la motorista había salido despedida. Un reconocimiento básico sobre el terreno había bastado para detectarle contusiones y fracturas por todo el cuerpo. Ya la habían reanimado y se disponían a colocarla en la camilla. Habría sido absurdo, completamente absurdo, pensó Miguel, que después de tanto esperar no pudiera obtener algunas fotos. Se abrió paso entre el corro de curiosos y mostró su documentación. A duras penas consiguió que dejaran a la chica un momento donde estaba, en el asfalto, y que retiraran la camilla del encuadre.

Después de todo, la espera había valido la pena. Volvió al apartamento y durmió un par de horas. Por la mañana temprano, llevó el carrete al estudio y esperó en una cafetería cercana. Cuando le entregaron las ampliaciones, las observó detenidamente, una por una. Era un buen trabajo. La exposición era correcta, había conseguido mucha profundidad de campo y nitidez incluso en objetos que se movían. Había fotos excelentes, sobre todo aquella en la que la chica, contra el negro del asfalto (el entrecejo en el centro geométrico del encuadre), levantaba el brazo y parecía querer tapar con la mano el objetivo de la cámara.

## De compras

Carmen sintió como si le clavaran alfileres en los hombros. Estaba tan cansada que ya no aguantaba ni un minuto más. En su casa, nadie movía un dedo por ayudarla; ni su marido, ni sus suegros, y mucho menos sus hijos. Ya eran mayorcitos (el menor había cumplido veinte años), pero seguían siendo igual de desordenados. Ponían la ropa sucia en cualquier parte y tenía que ir tras ellos apagando las luces que dejaban encendidas. Si no fuera por ella, el sueldo de su marido no llegaría para pagar las facturas de electricidad, agua y teléfono. Rara vez utilizaba este último (sólo si era inevitable, y en tales casos el tiempo imprescindible: llamar, dar el recado y colgar); y al ducharse, primero se mojaba, luego mantenía cortada el agua mientras se enjabonaba, y finalmente abría de nuevo el grifo para aclararse.

Se había dejado caer derrotada en el sofá, pero en seguida se levantó con determinación, se arregló y salió de casa.

Fue al hipermercado. Cogió un carrito y se adentró entre las filas de estantes. Siempre buscaba productos en oferta, pero en esta ocasión prefirió los más

caros. Acaparó peluches, relojes, vestidos, juguetes electrónicos, zapatos, cámaras fotográficas, salmón noruego y cordero, ostras... No se privaba de nada. Miraba con ansiedad en los estantes y mostradores y, cuando algo la atraía, sin pensarlo, lo echaba al carrito. No tardó en llenarlo, y entonces se procuró la ayuda de un empleado, que la acompañaba provisto de otro carrito. Al pasar por la sección de deportes, escogió una bicicleta de montaña, y al ser abordada por una promotora de artículos de cocina, ésta vio con asombro que aceptaba por duplicado todo lo que le ofrecía.

Los dos carritos iban a tope. Ella caminaba delante, abriendo el paso, y el empleado la seguía a ciegas, pues la montaña de paquetes sólo le permitía ver por los lados.

Cuando llegaron a la caja, ella le pidió que guardara sitio en la cola hasta que regresara con otro artículo. Se mezcló con el gentío que atestaba el pasillo central y, tal como había planeado, salió sin compra del hipermercado.

Hacía un bonito día. El sol brillaba y soplaba una brisa ligera. El dolor de hombros se había esfumado. Se sentía mejor, mucho mejor. Aspiró aire profundamente y luego lo expulsó despacio.

Estaba decidida: volvería a casa andando.

## Mundos paralelos

Paco se despertó poco a poco. Sentía a su lado el cuerpo cálido de su mujer. Entreabrió lentamente los ojos y entonces distinguió un resplandor difuso en la pared. Sin embargo, al levantarse cada mañana la habitación estaba en una oscuridad absoluta. Se incorporó sobresaltado y miró la esfera luminosa del reloj, en la mesita. Ya eran más de las siete, el despertador había vuelto a fallar. Refunfuñó cuatro palabras y se levantó, evitando hacer el menor ruido. Su mujer se dio media vuelta en la cama, hundió la cabeza bajo la almohada. Paco buscó a tientas sus zapatos, cogió la ropa de la silla y fue al salón, donde se vistió a toda prisa.

Apenas había comenzado a amanecer, así que los faroles que jalonaban la avenida continuaban encendidos. Caminó a paso rápido buscando un taxi, pero las calles estaban desiertas, y cuando llegó a la parada del autobús, aún no había encontrado ninguno.

Durante el trayecto en autobús vio a un tipo con esmoquin, parecía borracho, subía con dificultad las escaleras de una casa, y luego vio a una pareja abrazándose en el interior de una cabina telefónica.

Fue entonces, sólo entonces, cuando cayó en la cuenta de que era domingo. Se llevó una mano a la frente, se mordió el labio inferior, y agradeció que el autobús estuviera vacío y que el conductor le mostrara la espalda, para que así nadie fuera testigo de su expresión idiota.

Se bajó en la siguiente parada y regresó a casa andando. Ya era de día, las calles seguían desiertas y el cielo estaba gris. Pasó junto a la cabina telefónica donde minutos antes había visto a la pareja besándose, pero la pareja ya no estaba; luego pasó junto a las escaleras, ya solitarias, que un rato antes el tipo del esmoquin subía con dificultad. Lo imaginó por fin en la cama, sintiendo cómo el techo daba vueltas a su alrededor.

Paco nunca trasnochaba. Recordando a la pareja y al borracho, tuvo la sensación de haber tocado, tan sólo por un instante, un mundo que había olvidado hacía ya muchos años.

## Hombres mágicos

Según una tradición de Camerún, antaño existían unos hombres mágicos que, al gritar, formaban una niebla densa a su alrededor. En ellos pensó Louis en algún momento, mientras corría Gran Vía abajo y luego por calles estrechas, intentando despistar al grupo de adolescentes que lo perseguía en coche.

Desde la llegada del frío pasaba las noches a la entrada resguardada y amplia de un comercio céntrico, en compañía de otros vagabundos. Pero serían al menos las cuatro de la mañana cuando lo despertó un gemido. Se incorporó y vio al otro lado de la calle a varios muchachos armados de palos que pateaban un bulto en el suelo.

—¡Otro negro! —dijo uno señalándole con el brazo.

Louis recogió sus cosas precipitadamente y echó a correr. Los muchachos dejaron a los vagabundos que comenzaban a despertar por el jaleo y se lanzaron tras él.

Hacía rato que corría sin lograr darles esquinazo. No había encontrado ningún portal abierto donde

escondese y, cuando creía haberlos despistado, topaba con ellos de nuevo. Se había deshecho de su manta y de la pequeña mochila en la que guardaba lo indispensable, ocultándolas para recuperarlas más tarde. Se sentía sin fuerzas, había pasado varias veces por los mismos lugares, y recostado en la fachada de un edificio, sin conseguir mantenerse en silencio ni recuperar el aliento, observaba cómo su garganta seca despedía a intervalos chorros de vaho blanco. Recordó otra vez a los hombres mágicos y entonces echó de nuevo a correr, pero esta vez calle arriba, hacia el parque de El Retiro. Miró a su espalda y, al final de la calle, distinguió el coche con los faros apagados, en el momento en que el conductor pisaba a fondo el acelerador. Louis alcanzó la verja del parque y luego corrió a lo largo de ella hacia una de las entradas. Estaba cerrada. El coche se subió a la acera, frenó, se abrieron sus puertas y de él salieron a toda velocidad sus ocupantes. Pero Louis ya se había encaramado a lo alto de la verja y, de un salto, se había dejado caer al otro lado. Luego corrió hacia los árboles y se adentró en la espesura. Hasta allí no llegaba más luz que la de la luna, que iluminaba una niebla muy blanca y tan espesa que Louis apenas si distinguía la punta de sus zapatos.

## Deterioro

Pilar se había encerrado en el servicio. Había dejado caer el albornoz al suelo y se miraba desnuda en el espejo. Observó los pliegues de la piel de su vientre y la grasa acumulada en las caderas y en los muslos, se subió con ambas manos los dos senos y luego, con la yema del dedo, recorrió las arrugas de su cuello. Nunca había sido una mujer guapa, pero tampoco fea. Estaba orgullosa de sus ojos, que eran negros, y de sus pies. Allí aún conservaba tersa la piel, muy blanca, y los dedos no se habían deformado por el uso de calzado estrecho.

A veces tenía la impresión de que los últimos treinta años de su vida eran la historia de un progresivo y lento deterioro.

Ahora le gustaba creer que se había casado con el único propósito de escapar del hogar paterno y que su matrimonio había sido desde el principio una mentira, para así despojar a su memoria de tantos desengaños. Sin embargo, aunque era cierto que comenzar una nueva vida lejos de sus padres fue uno de los motivos por los que se casó, también lo era que durante mucho

tiempo estuvo enamorada de su marido, que lo quería, e incluso que en algún momento se prometió a sí misma que siempre lo querría como entonces.

A los quince años de matrimonio, su marido le confesó que tan sólo la «apreciaba», y a los veinte, que era homosexual.

Por aquella época, Pilar ya comía en exceso y dormía de mañana y de tarde, mientras que por las noches deambulaba a oscuras por la casa. Frecuentaba las iglesias y soñaba (qué lejano y estúpido le parecía ahora todo aquello) con recuperar su virginidad y casarse con un hombre que la quisiera de verdad.

Una noche se acostó con uno de los amigos de su marido. Aunque ese hombre y su marido eran amantes, Pilar se sintió culpable de infidelidad.

Pero había pasado un año; un año era mucho tiempo, y ya no quedaba nada de aquel sentimiento.

Se miró otra vez en el espejo y después lo empañó con su aliento.

¿Quién dice que cincuenta años es una edad muy avanzada para volver a comenzar? El próximo verano ampliaría su escote y acortaría las faldas. Se compraría unas sandalias y pasearía sola por la avenida. Como de niña, como jugando, volvería a pintarse de rojo las uñas de los pies.